

MUSEO CASA BOTINES GAUDÍ

# La Pieza del Mes

## Octubre 2021

*Bañistas*, Cecilio Pla y Gallardo, Óleo sobre cartón, 1926



### ***Bañistas***

**Cecilio Pla y Gallardo, 1926**

Inv. 00014

Investigación realizada a cargo de Mairena González Pascual

Esta pintura de Cecilio Plá y Gallardo (Valencia, 1860 – Madrid, 1934) pertenece a la Escuela Marinista Valenciana, cuyas características se manifiestan de forma indudable en la obra: el mar como elemento protagonista, la utilización de los colores cálidos del Mediterráneo además del uso de la luz para definir los volúmenes de las figuras, las pinceladas sueltas y esbozadas que confieren una mayor expresividad a la pintura, así como el intento de reflejar la naturaleza cambiante del mar. Sin embargo, esta escuela no siempre estuvo dedicada al género de las marinas, sino que el paisaje jugó un importante papel para el reconocimiento de dicho género.

El mar, como paisaje, es naturaleza física a la vez que experiencia estética, y forma parte de la historia de la representación artística habiendo sido tratado desde diferentes perspectivas a lo largo de la historia del arte (Ferrer, 2008). Y es que el mar, desde siempre ha sido fruto de inspiración para los artistas, tanto en el ámbito de la pintura, como de la literatura o la música, debido a su fuerte poder de atracción y como fuente canalizadora de sus más íntimos sentimientos. Además, se deben de tener en cuenta las significaciones simbólicas que el agua contiene: como fuente de vida, como medio de purificación y como centro de regeneración. Tres temas que son una constante para la tradición judeocristiana, ya que, el agua simboliza la creación, y por lo tanto, es un elemento sagrado que une el cielo y la tierra.

No obstante, los múltiples significados del agua así como la elección del mar como motivo pictórico dependerán tanto de la formación cultural del

artista como de sus circunstancias vitales, lugar de nacimiento o proximidad a éste, ya que, es necesario un conocimiento casi tangible para poder reflejar y expresar su poética. Debido a ambos motivos el mar va a ser representado bajo cada uno de sus estadios: desde las aguas más calmadas hasta las más tormentosas y amenazantes.

A partir del siglo XIX el interés, por parte de los pintores románticos, por representar las cualidades estéticas de los fenómenos meteorológicos se fue incrementando hasta el punto de convertirse, para algunos artistas, en objeto principal de sus obras, siendo ejemplo de ello las pinturas de John Constable o William Turner. Asimismo, el gusto por pintar los trágicos naufragios ha dado lugar a obras tan emblemáticas como: *El naufragio de la esperanza* (1824) de Caspar David Friedrich, *La balsa de Medusa* (1819) de Théodore Géricault y en el ámbito español el *Naufragio de un galeón* (1841) de Antonio de Brugada.

En estos momentos, Valencia sufrió una serie de cambios socioculturales que fomentaron una serie de modificaciones en las manifestaciones artísticas: por un lado, el enriquecimiento de la burguesía produjo la demanda de pinturas realistas y por otro lado, el redescubrimiento de la pintura holandesa de marinas influyó radicalmente en los artistas de Valencia. Por ello, se puede establecer una primera generación de pintores valencianos encabezada por Rafael Monleón, Salvador Abril o Javier Juste más vinculada a los valores románticos del paisaje.

Pero, es ya a mediados del siglo XIX, cuando en la Escuela Valenciana se advierte otra corriente temática que difiere bastante de los trágicos accidentes marítimos, y es el mar como escenario de la vida cotidiana. Se pasa de pintar lo trascendental y lo trágico hasta llegar al pintoresquismo, en un momento, en el cual, la sociedad estaba atraída por los artistas marinistas que visitaban, cada vez con más frecuencia, las playas valencianas, y que por tanto, se

encontraban insertos en el centro de la vida social (Pla, 2000). Del mismo modo, se puede establecer, entre 1750 y 1840, un período cronológico en el cual se desarrolla el descubrimiento de la playa, abriéndose así un nuevo camino hacia la realidad del mar y dejando atrás, por fin, ese terror que en las décadas precedentes suscitaba.

La explicación de este fenómeno la encontramos en el cambio trascendental que se produce en la sociedad gracias a la evolución de los medios de transporte y a la difusión de las teorías higienistas finiseculares, propiciando así, la llegada del turismo, que supuso la metamorfosis de la orilla del mar en un lugar seguro y de esparcimiento por razones terapéuticas, deportivas o hedonistas. Asimismo, a partir de este momento la arena de la playa tendrá pleno protagonismo en las pinturas de los artistas valencianos sin otra intención que la de plasmar su belleza. Por lo tanto, se puede establecer así, una segunda generación de pintores valencianos marinistas con una visión renovadora, entre los que destacan: Ignacio Pinazo, Antonio Muñoz Degraín, Joaquín Sorolla y, por supuesto, Cecilio Plá.



Cecilio Plá y Gallardo estudió música en su niñez, debido a que, su padre le inculcó el amor por la música ya que este era director de una banda. Continuó sus estudios en la Academia de San Carlos de su ciudad natal, donde fue condiscípulo de Joaquín Sorolla (López-Manzanares, 2021). Sin embargo, se trasladó a Madrid tras obtener la medalla de plata en la Exposición de Valencia de 1879. En la capital, ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando siendo además, discípulo del también pintor valenciano, Emilio Sala.

Alrededor de 1880 y, para un mayor enriquecimiento de sus estudios, fue becado por la Academia iniciando así un largo viaje por Italia, Francia y Portugal, conociendo de primera mano a los grandes maestros. Además, comenzó a enviar sus obras a las Exposiciones Nacionales que organizaba la Academia desde 1881 hasta el año de su muerte, siendo galardonado con numerosas medallas. A esto hay que añadir que obtuvo una medalla honorífica durante la Exposición Nacional de París del año 1900.

Tras la muerte en 1906 de su mentor, Emilio Sala, Plá le sucedió en la Cátedra, siendo así, maestro de importantes figuras como Juan Gris o Gutiérrez Solana. Sin embargo, no solamente se dedicó a la pintura de paisaje y de retratos, sino que también fue un destacado decorador de obras tales como: el Casino de Madrid, el Palacio de los Duques de Denia o el Círculo de Bellas Artes, aparte de ilustrador de importantes revistas como “El apunte artístico”, “Blanco y Negro” o “La Ilustración Española y Americana” (Lozano, 2009).

Pero fue su matrimonio con Valentina Navarro y el nacimiento de sus dos hijas, Pepita y Cristina, lo que llevó al pintor a alargar sus veranos en la costa valenciana. Y es durante estas estancias veraniegas, cuando pinta las *Bañistas*, obra en la que se aprecia una playa concurrida de mujeres y niños divirtiéndose en el mar y disfrutando de las propiedades curativas del agua salada. Asimismo, se observa una clara evolución de la sociedad de la época en cuanto a sus costumbres,

puesto que, se han dejado de lado aquellas pinturas de mujeres paseando por la orilla con largos vestidos blancos, para retratar los cambios en la vestimenta y los gorros diseñados exclusivamente para el baño. Aunque estos no son los únicos cambios que se perciben en la obra, ya que la pintura de Plá ha evolucionado desde un arraigado academicismo hasta una pincelada ágil, con la que define los contornos y volúmenes de las figuras utilizando mucha masa pictórica. Del mismo modo, la utilización de colores terrosos, ocre, amarillentos y el azul ultramar difieren de otras obras más luministas. A todo ello, hay que añadir que *Bañistas* se trata de una obra realizada en óleo sobre cartón, y aunque no es la única de este artista, porque hay otros cartones muy similares a este en colecciones privadas, se trata de un testimonio directo del pintor, similar a un dibujo preparatorio para una obra futura.

Finalmente, es preciso señalar la importancia de Cecilio Plá dentro del panorama artístico español, ya que, como defensor acérrimo de la pintura al natural se supo adaptar a los constantes cambios producidos en las artes a finales del siglo XIX, como, por ejemplo, la consecuencia que el *plen air* produjo en los artistas que, hasta el momento, acostumbrados a trabajar en el estudio, comenzaron a adentrarse en la naturaleza. En definitiva, Plá supo traducir el nuevo lenguaje del mar y la playa.



**Mairena González Pascual**

Estudiante en Prácticas del Grado en Historia del Arte en el Museo Casa Botines Gaudí.